

## **Reflexiones sobre el proceso creador**

El creador se moviliza a partir de un hecho, una acción que gesta en él una imagen, una emoción, una idea. Es entonces cuando se entrega a ella, y a la vez la captura y la explora, hasta encontrar en sí mismo el lenguaje que hará compartible lo vivenciado. Esa imagen emerge en su interior, ya sea que diga del mundo, de la naturaleza, o de sus más profundos y a veces inconscientes sentimientos.

Ella surge desde una historia, la suya, que es personal, vivida con un tiempo y un ritmo propio, pero que se da en un escenario social, familiar, en un complejo universo de relaciones y significaciones. En éste se incluirá la obra, lo creado. Y allí dejará su marca, como ella lleva la marca de ese universo en el que nace.

Tal es a mi entender la trayectoria –siempre abierta- de Diana Dowek.

La secuencia de su trabajo, su temporalidad se convierte en un hilo conductor que nos permite el seguimiento de distintas instancias de un acontecer socio-político, en el que se implica activamente, ya que ‘interviene’ en esa realidad, no solo desde la forma y el color, sino desde un profundo compromiso militante. Militancia que se expresa en la lucha contra la opresión y la injusticia.

Quizás por ello en su obra siempre estará presente, de un modo u otro, la problemática del poder.

Cuanto más conmovido esté un creador por su registro de lo visible y, fundamentalmente, por su inquietud por el misterio, lo oculto, lo silenciado; cuando mayor sea su preocupación por lo que encubre aquello que paradójicamente se hace invisible en lo visible, su obra tendrá más claramente el carácter disruptivo de la anticipación y la denuncia.

Es esa anticipación y denuncia la que encuentro presente en la pintura de Diana. Hay en su obra un procesamiento y una narrativa que la conduce a transitar desde una escena inicial, que partiría de lo relativamente descriptivo a un camino de investigación y resonancia que culmina en la metáfora.

Su producción toma habitualmente la forma de secuencias, de ‘series’. Cada una de ellas es el eje temático de una búsqueda en la que hay saltos cualitativos, a la vez que se abren nuevas formas de explorar una realidad cambiante.

Por ello me atrae en la pintura de Diana la dialéctica que despliegan sus imágenes:

Miro la serie *Alambradas* (realizada durante la dictadura) y me sorprende cuánto dice de un encierro y aprisionamiento creciente, que llega casi a la parálisis, y a la vez, cuánto plantea de la urgencia de un movimiento, de ruptura, de libertad como un sueño posible. Encuentro ese mismo diálogo de opuestos en la serie de *Las vallas*.

No es casual que su autora afirme: “En mi obra hay siempre violencia, conflicto, una necesidad de mostrar lo que está, lo que se rompió, lo que debiera ser”. Ese ‘debiera’, aparentemente tan impositivo, no creo que tenga que ser entendido solo como un cierto mandato, sino sobre todo como un anhelo, un ideal que la experiencia muestra dañado o incumplido; como un intento de reparación, que tiene un fuerte rasgo de re-creación, en tanto gestación de algo nuevo.

No olvidemos que el creador se conecta en ese proceso elaborativo que se reabre permanentemente en su obra, con sus aspectos vulnerables, quizás arcaicos. De allí la necesidad de transformación y la potencia innovadora, la capacidad de gestar escenas o situaciones alternativas.

Diana, en los primeros pasos de cada serie, en que nunca hace de la descripción una réplica especular, no solo inicia un diálogo con el hecho que la convoca. También se abre un encuentro con el espectador, ese que en algún momento contemplará la obra, pero que podría ir más allá, ya que tiene ante sí, reflejado, un tramo de la propia historia. Esa historia emerge entonces como figura y deja de ser silenciado y oscurecido fondo. Es por ello que el arte es una modalidad de ruptura, de posicionamiento crítico ante la vida cotidiana.

La obra de Diana Dowek genera en esa relación con quien la mira, una multiplicación que se da en términos de sensación, emoción, pensamiento. Quienes la contemplamos podemos experimentar una recreación personal que enriquece nuestro encuentro con la realidad, nuestras modalidades de ‘ser en el mundo’ y de ‘ser el mundo para nosotros’.

¿A qué me refiero al hablar de encuentro? A un diálogo entre mundo interno y mundo externo, en el que se da un proceso de movilización, de re-conocimiento, apertura y recreación, que surge en la auténtica vivencia estética.

Este es un rasgo del poder transformante del arte, en lo personal y en lo colectivo. En ese encuentro profundo con las escenas internas que la obra moviliza podemos pasar de distintas maneras al protagonismo, a la conciencia, a la expectativa que implica esperanza.

Nos hacemos parte entonces, de un proceso creador que no tendría sentido sin nuestra presencia. No querría que esta última afirmación se entienda como una expresión de soberbia. Solo pretendo insistir en el carácter comunicacional que tiene la creación.

El arte, como la ciencia, es una producción. Es personal y a la vez colectiva, en tanto búsqueda de respuestas a problemáticas que inquietan, en cada momento histórico y de una manera particular, a los seres humanos.

El creador tiene el privilegio, o quizás el destino, de ser un portavoz de los interrogantes, las preguntas, las propuestas que recorren nuestra vida social y que se alguna manera la cuestionan y nos cuestionan.

Encuentro este hablar y ser hablado, en la admirable obra de Diana Dowek.

Ana P. de Quiroga

Psicóloga Social